

## CRONICA NACIONAL

## EL PROFESOR PREUSS

(ESPECIAL PARA "EL TIEMPO")

En el suplemento literario de EL TIEMPO de Bogotá, leemos en un artículo del doctor Miguel Jiménez López, actual ministro de Colombia en Alemania, que el profesor Conrad Preuss, del Instituto Etnológico de Berlín, prepara un libro de interés extraordinario sobre la civilización que se supone floreció en Colombia, en época muy anterior a aquellas civilizaciones que los españoles encontraron en América, al tiempo de la conquista.

El anuncio de tal obra no nos sorprende, porque de antemano sabíamos que el profesor alemán algún día nos sorprendería con el fruto de sus investigaciones. Muy poco, que nosotros sepamos, se ha hecho en Colombia por averiguar el pasado de nuestro suelo y de sus razas aborígenes y, por lo mismo, es muy denso el velo de misterio que cubre estas cuestiones. En lo general, poco sabemos en la América toda del origen y migración de las razas que Colón encontró en este continente, pero a lo menos en países diferentes del nuestro se han adelantado trabajos de importancia.

Entre nosotros, el campo de investigación es muy amplio; pero parece reservado a hombres de otras razas, como el profesor Preuss. Las estatuas milenarias de San Agustín, que la lava con su manto ha ocultado por tantos siglos y cuyos artifices ni siquiera tradición encontraron los buscadores del Dorado entre los moradores de lo que se llamó el Nuevo Reino de Granada, dicen a las claras que allí floreció una raza pujante. ¿Qué pudieron hacerse esos pobladores que tan grandes vestigios dejaron de su existencia? ¿Fueron extinguidos en sus luchas con otras tribus; emigraron, se refundieron en otros pueblos, de dónde venían, a dónde fueron?

Mientras se busca la respuesta a estos interrogantes, nuestro gobierno debe velar por la conservación de esos monumentos arqueológicos, no sea que las piedras también emigren y haya que ir más tarde a

estudiar las huellas de nuestro pasado en los museos extranjeros. Bien puede permitirse al investigador acucioso copiar estatuas y monolitos, pero que los originales sean nuestros y queden en donde han estado por siglos, en donde, con alguna significación los puso la mano de sus artifices. En los museos de este país vemos muchas copias de obras semejantes, hechas con una fidelidad extraordinaria, y del mismo modo debe copiarse lo que es nuestro, lo que pertenece a nuestro suelo.

Sin duda, el libro del profesor Preuss provocará un mayor interés por las ruinas de San Agustín y sus cercanías, pues un amigo nuestro que ha explorado esas regiones tiene la creencia de que la selva guarda el misterio de una ciudad extraordinaria; que por allí se encuentran, cubiertas por piedras de gran tamaño, tumbas que nadie ha tenido la oportunidad de explorar, y que sólo la superstición ha salvado de la codicia de los hombres, pues los campesinos, que raramente rondan por esas tierras, creen que el alma de los muertos guarda sus tumbas. Por esta razón no pudo mi amigo, que es un ingeniero que gusta de raras exploraciones y aventuras, explorar algunos sepulcros que él había localizado en San Agustín, cerca al lugar de las estatuas y que por su forma y disposición de pesadas lozas, se apartan de las tumbas de indios ya conocidas. El peón que acompañaba a mi amigo lo abandonó jurando que había visto a un indio sentado en actitud de misterio, frente a la tumba. Y cuando mi amigo quiso él solo intentar los trabajos, la carga de explosivos con que quería remover las piedras de lo que parecía entrada a la tumba, estalló inesperadamente. Y mi amigo, que lleva en la cara las huellas de esa explosión, también se apartó de allí, creyendo que el alma del indio defendía el sitio sagrado!

Conocimos al profesor Preuss en su tranquilo retiro de La Esperanza, estación veraniega de Bogotá,

en las estribaciones de los Andes occidentales, allá por los días del armisticio, en que vientos tan poco propicios soplaban para el gran pueblo alemán.

Nunca olvidaremos nuestro encuentro con el sabio teutón, hombre de una modestia y de una austeridad imponderables. Cuanto nos dijo ese día quedó para siempre en nuestra memoria, y ahora que se anuncia su libro sobre prehistoria colombiana, queremos en esta crónica hilvanar esos recuerdos.

Subía yo de la Costa Atlántica de Colombia hacia la capital y algunos alemanes amigos míos me pidieron que si en mi ascensión de los Andes, hacía escala en el atractivo sitio de La Esperanza, saludara a nombre de ellos a su compatriota ilustre.

Cuando llegué allí, me informaron que el profesor era, efectivamente, su huésped de varios años, un huésped silencioso y querido de todos. Que en el tercero o cuarto piso tenía sus habitaciones en donde trabajaba aún en horas de la noche y de donde salía solamente para sus caminadas reglamentarias o para bajar a los comedores del hotel.

Después de leves golpes en la puerta penetro en su cuarto. Para empezar digo mi nombre y le explico que traigo desde la costa del mar un sabudo de compatriotas y amigos suyos. El profesor, que estaba sentado de pie, me mira a lo sombrero, y enterado del objeto de mi visita, avanza hacia mí, estrecha mi mano, y casi conmovido me dice: Gracias, señor! En estos días tenemos los alemanes muy pocos amigos...

Nuestra entrevista fue entonces muy breve. Quedamos citados para encontrarnos en los corredores del hotel. Vestía un luciente saco de dril blanco, pantalón de paño os. Pasa a la página doce.

## EL PROFESOR PREUSS

(Viene de la tercera página).  
curo y sombrero de paja. Después del saludo, sin más preámbulos, tomó camino delante de mí, por sitios que parecía le eran muy familiares.

Así anduvimos largo trecho, en silencio, hasta que allá en lo alto de una loma, en donde una ancha piedra brindaba descanso, el profesor se detuvo y nos sentamos. Desde allí se divisaba el bello panorama del Valle del Río Apulo, y en la lejanía nebulosa las llanuras del Tollyma y los topes brillantes de la Cordillera Central.

El paisaje, la hora, todo era propicio para las evocaciones, para avivar los sentimientos que todos llevamos escondidos dentro del alma, y naturalmente, el profesor nos habló de la patria lejana, envuelta entonces en una racha de adversidad.

Acariciando su escasa barbilla rubia y con sus ojos azules como de niño, humedecidos por la emoción, nos decía:

—Es una gran desgracia! Es doloroso que nuestro país se derrumbe, que vaya a ser destruida la obra en que todos hemos trabajado con tanta fe, con tanto entusiasmo y orgullo.

Después vinieron reminiscencias de su corta familia, de la cual nada sabía hacía ya mucho, pues que a Alemania le tensan los aliados uno como cerco de acero.

Cuando la tarde moría, regresamos al hotel y el profesor me invitó a su cuarto de estudio, y lo que

allí vi, lo que allí me dijo, me hizo una impresión aplastante, pues casi no tenía yo idea de cuanto significaba la paciencia de los verdaderos hombres de ciencia y del concepto que ellos tienen de la duración de la vida en relación con sus

investigaciones.

Sobre unas tablas, simétricamente distribuidos, tenía el profesor innumerables montones de papel blanco, cortado en cuadros, y en cada montón de estos, en el mismo sitio, una huella amarillenta, como la que deja sobre un libro un cigarrillo puesto descuidadamente.

Cada montón representaba una letra de los dialectos indios que él había anotado y la mancha era la huella del pulgar suyo al hojear y consultar cada montón de esos, que en total representaba como un diccionario disperso. Cada palabra de la lengua india tenía su equivalente en griego o latín, no lo recuerdo bien, y luego en alemán.

Tomado esto así, sobre un lugar de Colombia y luego el mismo trabajo con otra tribu más distante, como quien dice, dando un salto sobre el mapa, serviría, por comparación, para establecer la migración o conexiones de las razas aborígenes.

Cuando le hablé de cierto manuscrito interesante, de una gramática de la lengua de tribu al parecer ya extinguida, manuscrito que yo sabía existía en nuestra biblioteca nacional, y que se debía a la labor de uno de los pacientes misioneros de los primeros días de la Colonia, el profesor me dijo:

—Con los apuntes que yo tengo, hasta para trabajar todo el resto de mi existencia. Otros tomarán otros lugares y contribuirán a esta labor en que estoy interesado. La vida de un hombre es muy corta y uno no es más que un eslabón en esta larga cadena de las investigaciones...

No había yo vuelto a oír hablar del profesor Preuss, y el artículo de nuestro ministro en Berlín nos

dice que el investigador paciente y erudito ha continuado en su obra, en esa para la cual tenía ya apuntes para el resto de su vida. Como lo dijo él, apenas está poniendo un eslabón en la cadena y otros hombres, otros sabios como él, pondrán otros eslabones. De todos modos, el profesor Preuss, con su libro, avivará el fuego de esa fragua en que otros trabajadores amartillarán perseverantemente el hierro para nuevos anillos.

A dos sabios alemanes de gran renombre y a cual más modesto, sorprendió el estallido de la guerra en Colombia: Conrad Preuss y Robert Schelbe. A tal circunstancia se debe que ambos prolongaran por años su permanencia en nuestra patria, empleando su tiempo en estudios muy útiles para nosotros. A ambos se les miró en Colombia con amor y con respeto. Desgraciadamente Schelbe murió antes de que el viejo mundo volviera sobre sus pasos, pero Preuss ha tenido el consuelo de ver que su patria reacciona prodigiosamente y que la obra de sus hombres y de sus sabios no se derrumba. Se han transformado las instituciones políticas de su patria, pero Alemania con su cultura, con su organización y con sus sabios, sigue siendo el pueblo admirable la patria grande, aquella que ante el paisaje andino de los valles de Apulo evocaba él una tarde con los ojos humedecidos por las lágrimas!

Enrique Naranjo M.  
Boston, julio 8 de 1927.

VINO PESQUI  
PARA DIABETICOS